Un paraguas amarillo

Un paraguas amarillo



Pedro J Vázquez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Junio de 2026

Depósito legal: SE 2350-2026

ISBN: 979-13-7060-306-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Pedro J Vázquez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

«Como voy gastando los días,
igual que monedas
de una hucha que se va
quedando vacía.
Qué pocas me quedan
para tantas deudas contraídas».

Encarna Giménez

CAPÍTULO 1:

BROOKLYN

De camino a casa por Stanhope Street, Pedro se dio cuenta de que la noche había caído casi de manera inesperada sobre Brooklyn, como una sábana recién planchada, aún caliente, y el calor del verano se pegaba a la piel como una promesa que no termina de cumplirse. Las calles, medio vacías pero vivas, seguían desprendiendo un brillo bajo la luz naranja de las farolas; algún que otro grafiti en las persianas bajadas parecía relatar su particular historia del barrio. Desde algún balcón llegaba el sonido de unas risas, una bachata lejana vibraba desde un coche detenido en doble fila, bloqueando el tráfico inexistente de la estrecha calle, flanqueada a ambos lados por hileras infinitas de coches nuevos bien aparcados, y el olor a *pizza* recién horneada se mezclaba con el del humo que subía lento desde las alcantarillas.

Era una noche cualquiera y, al mismo tiempo, no lo era. Porque hay algo en Brooklyn en verano —en sus esquinas gastadas, en los parques que nunca cierran del todo, en las miradas cruzadas entre desconocidos— que parece invitar al deseo, al encuentro, a lo inesperado.

Pedro se encaminaba ya de manera indeleble hacia los cuarenta; aún le quedaba, sí, pero estaba en el camino a una edad que en Manhattan ya empieza a ser complicada para encontrar un trabajo digno. Como siempre, llevaba su cámara colgada al hombro, pero esta pesaba incluso menos que su acento, ese que aún no había logrado suavizar del todo y una forma de mirar que parecía traducir el mundo a blanco y negro antes de disparar. Sus

clientes reclamaban cada vez más el color; le costaba vender lo que realmente le gustaba hacer últimamente y casi se había resignado a las demandas del que paga.

Había llegado a Nueva York dos años antes ligero de equipaje: una mochila, su vieja Canon y un billete solo de ida. Aquella decisión no se tomó por aventura, ni por un sueño. Podría decir que fue más por cansancio. Para escapar de una sensación asfixiante de estar viviendo una vida que ya, en cierto modo, no era la suya.

Abandonó Madrid sin despedirse de casi nadie. Se limitó a cerrar su pequeño estudio, devolvió las llaves del piso en Lavapiés y dejó atrás, como quien abandona unos trastos viejos en el vertedero, una relación hecha trizas, una familia a la que amaba pero que nunca entendió del todo su forma de ver el mundo y un pasado que lo perseguía incluso en sus vídeos.

No había sido el destino que imaginó en un principio, pero Brooklyn le ofreció el anonimato que necesitaba. En una marea de calles que no le exigían explicaciones, se había convertido tan solo en «el español que hace retratos en la calle». Después de algunos bandazos, ahora vivía en un apartamento compartido en Bushwick, con paredes de papel y vecinos ruidosos y trabajaba como freelance para revistas locales, alguna boda poco ortodoxa y para quien le pagara lo suficiente por capturar algo más que una imagen.

De vez en cuando, con la caída del sol llegaba una noche —como esa— en la que todo le pesaba. El calor, la ciudad, el silencio en su buzón de voz. Y entonces salía con la cámara, la bici y sin destino, con la esperanza de encontrar escenas que le inspirasen, que le permitieran mantener viva la pasión por su mundo, que ahora ya prácticamente se reducía a la fotografía.

Le gustaba el barrio por eso, porque siempre pasaba algo. Una pareja discutiendo en la acera, un mural nuevo que aparecía de la noche a la mañana sin que nadie viera cómo se gestaba, un perro que salía corriendo de la trastienda de un local con los res-

tos de una *pizza* en la boca. Las calles de la ciudad y más aún de Brooklyn ofrecían una caótica coreografía y él, este tiempo, había aprendido a moverse entre sus huecos.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba pasando por delante del Wyckoff Heights, un hospital universitario alrededor del cual siempre había movimiento; ya estaba cerca de casa, el calor persistía a pesar de que el sol se había escondido ya por completo. Allí trabajaba Olivia, una joven médico con la que había salido un par de veces, una buena chica, más joven que él, que deseaba enamorarse y formar una familia. Quizás él también lo deseaba y Olivia era una mujer perfecta para ello, pero no terminaba de encajarle. Era guapa, inteligente, divertida, pero por alguna extraña razón no terminaba de surgir esa chispa que para Pedro era indispensable a la hora de creerse una relación.

Al pasar por delante de la entrada de emergencias, vio una de esas ambulancias rojas y blancas, tan típicas de la ciudad, con sus luces de colores parpadeando vivamente mientras paramédicos y enfermeros se movían con agilidad. Tocó el freno de su bicicleta para reducir la velocidad y observó. Llegaba alguien jodido al hospital. Su primer impulso lo llevó a palpar su cámara, metida en la funda y colgada de su hombro izquierdo. Pero enseguida reflexionó sobre las palabras que Olivia soltó una vez viendo algunas de sus fotos sobre accidentes: «Esta gente tiene familia y sentimientos, no me parece bien plasmar todo este dolor para siempre en una foto».

Algo de razón tenía; él justificaba, hasta cierto punto, esas imágenes como testimonios de la historia o reflejo visual de la noticia del momento. Pero esa noche no tenía ganas de pensar mucho en aquello. Volvió a colocar su mano sobre el manillar y dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha y aceleró el pedaleo de nuevo. Vio cómo una camilla empujada por un par de sanitarios entraba a toda velocidad en el hospital. Siguió su camino y desvió la mirada al frente, pasando entre los coches

aparcados y llegó al cruce de Claribel, un restaurante que se empeñaba en anunciar comida mexicana, española y americana y al que siempre se prometía que tenía que acudir un día para comer y probar su menú, aunque en todo el tiempo que llevaba allí, aún no lo había hecho. Recurrir en su mente a esas pequeñas promesas que él mismo se hacía y que nunca cumplía le hizo sonreír por un momento y distraerse con sus pensamientos.

El cruce de Stanhope con la avenida Wyckoff no es un buen sitio para distraerse cuando se conduce, ni siquiera por la noche. Una enorme Chevrolet blanca se le echó encima haciendo sonar enérgicamente el claxon; el chirrido de los neumáticos resonó en toda la manzana, en medio del relativo silencio de la noche, haciendo que quienes caminaban por allí enmudecieran a la vez que dirigían sus miradas, entre asustadas y curiosas, a la escena de lo que casi se convierte en un atropello que podría haber sido fulminante.

Pero todo quedó en un susto. El conductor de la furgoneta le gritó algo en un enrevesado espanglish que Pedro no llegó a entender.

Con los dos pies en el asfalto, con las piernas aún temblorosas del susto, sujetando la bicicleta entre ellas como podía, Pedro le hizo un gesto juntando las palmas de las manos para disculparse.

—*Sorry* —le gritó con fuerza para que pudiera oírlo, pero tratando de que realmente pareciese una disculpa y no otra cosa.

Aceptando, casi de mala gana, la disculpa, el conductor de la furgoneta hizo una violenta maniobra para rodear la bicicleta y siguió su camino mientras Pedro volvía a posar los pies en los pedales para retomar el suyo. Pero notaba su corazón acelerado, supo que el susto le iba a durar un buen rato. Entonces le vino otro pensamiento, se imaginó atropellado atendido por Olivia en las urgencias del Wyckoff Heights. Pensó en aquella mujer recriminándole conducir su bicicleta como un loco por las calles de Brooklyn, mientras él preguntaba por su cámara. Le vino a las

comisuras una nueva sonrisa. Pero enseguida se vio reprochándose a sí mismo ese ensimismamiento.

—Tú sigue así, Pedro, sigue fantaseando con historias mientras pedaleas y verás como en el próximo cruce te pasa por encima otro loco al volante de su furgoneta.

Llegó a casa. Era un edificio que perfectamente podría estar ubicado en alguna calle perdida de Madrid. Era un pequeño bloque amarillo de apartamentos, con la fachada de ladrillo visto y ventanas con arco de medio punto, estrechas. Solo unos balcones de acero oscuro unidos entre plantas por esas escaleras de incendios tan neoyorquinas lo identificaban con la clásica estampa de la ciudad. La parte baja de algunas de las alargadas ventanas de los apartamentos estaba ocupada por aparatos de aire acondicionado. Una de las que no tenían era la de su apartamento. Hacía calor en verano y aunque dejando abiertas las ventanas el aire corría y permitía convivir con las altas temperaturas, siempre pensaba en comprar uno de esos aparatos sin instalación y sacrificar parte de la ventana de su dormitorio en pos de una temperatura agradable en noches como aquella.

Enfrente del edificio había un terreno que se usaba de parking por los vecinos y justo detrás un supermercado que, como muchos allí, estaba abierto 24 horas. Necesitaba algo para cenar, la nevera estaba vacía y tenía hambre. Decidió subir la bicicleta al apartamento y bajar de nuevo para comprar algo precocinado y no complicarse mucho. Lo hizo así.

La noche concluyó con una pequeña ensalada y una ración de pollo frito sentado en el viejo sofá del apartamento y buscando algo en la televisión para ver. Estaban reponiendo una comedia de principios de siglo. Pedro la reconoció al primer instante porque en su día fue un fan incondicional de aquel programa y, en buena medida, aquella serie ambientada en Nueva York fue la responsable de que él acabase eligiendo esta ciudad. Emitían un capítulo de la primera temporada, lo recordaba como si hubiera

sido ayer cuando lo vio por primera vez. En aquel episodio el protagonista se encontraba un paraguas amarillo en un bar después de una fiesta de San Patricio y se lo lleva a su casa. Aquel objeto terminaría siendo un símbolo del amor predestinado en la serie y un objeto fundamental en el desarrollo de la historia.

No terminó de ver el capítulo, antes de darse cuenta estaba durmiendo en el sofá, con la pequeña mesita baja de delante haciendo de expositor de los restos de la cena precocinada que esa noche le había servido para cerrar un día que no fue ni el mejor ni el peor de cuantos habían pasado desde que llegó a Nueva York, hacía ya dos años. Unos meses atrás le cumplió el periodo de su Green Card condicional, había tenido que rebanarse la cabeza y hacer mil viajes a una y otra oficina gubernamental para tratar de conseguir la permanente, porque la alternativa era regresar a España. Ni los trámites burocráticos le apetecían demasiado ni pensar en volver a lo que fue su casa le entusiasmaba. Se dedicó a procrastinar hasta que no le quedó otra que enfrentar el asunto. Todo salió bien, sin mayor problema en poco tiempo había logrado su residencia permanente y ahora tenía que decidir qué iba a hacer con su vida.

CAPÍTULO 2:

SANTA TERESA

Había caído la tarde sin que apenas nadie se hubiese apercibido de su llegada. Era uno de esos domingos en los que la ciudad imperial parece abstraerse de toda lógica del tiempo y se congela un poco, dejando que el sol, a veces tan cruel en Toledo, acaricie su perfil urbano sin prisas. En los alrededores del barrio de Santa Teresa se dejaba respirar una calma especial; no había clases, no había obligaciones acechando, solo el tiempo y el anhelo de colmar esas horas de algo que escapara a la habitual rutina.

En el Parque de las Tres Culturas se respiraba el bullicio de un día festivo, casi todos los bancos estaban ocupados por parejas jóvenes y familias que habían salido a pasear con niños, unos niños que jugaban y corrían distraídos de un lado a otro. Bajo uno de los árboles más frondosos, un grupo de adolescentes se habían atrincherado improvisando un desalineado campamento: alguna mochila por el suelo, botellas de agua camino de quedar vacías, una bicicleta apoyada en el borde del camino y una pelota que pasaba de mano en mano sin un objetivo claro ni un juego concreto.

—¿Alguien más quiere algo? Voy a pillar papeo —preguntó Sergio, ya de pie, señalando hacia la esquina donde la avenida se abría en dirección a los bares y terrazas del centro comercial próximo.

—Pues ya que vas, tráete unos Doritos y dos Coca-Colas —respondió Lucía sin levantar la vista del móvil—. Y nada de cerveza, que luego os da por filosofar.

Se escapó alguna risotada mientras dejaban mostrar una atmósfera ligera, casi despreocupada que se había creado entre ellos. Eran momentos en los que ese grupo de adolescentes se sentían dueños del tiempo, como solo a esa edad pueden sentirse cuando el futuro aún no les pesa.

Algo más alejado, a unos metros, la pista de patinaje del parque servía a dos chicas para practicar giros torpes mientras se animaban con gritos ahogados por la música que salía de un pequeño altavoz. Un poco más allá, en la explanada que se abría frente al pabellón polideportivo, un grupo jugaba al baloncesto. No es que fueran especialmente buenos, pero cada canasta lograda se celebraba como si fuera la final de la NBA.

A ella, sentada en el borde del césped, con los auriculares puestos y la mirada distraída, le bastaba con estar allí. No necesitaba grandes aventuras, solo ese momento: el cielo azul, la risa de sus nuevos amigos y ese chico que acababa de llegar. Estaba con Sergio, hablando de música, ella no lo conocía bien, como a casi nadie de los presentes, pero algo en su forma de mirar —calmada, curiosa— la había atrapado desde el primer saludo que se cruzaron.

Él la buscó con la mirada justo cuando ella giraba la cabeza. Se encontraron a medio camino, como si la tarde, el parque y todo el barrio hubieran conspirado para que coincidieran.

Sonrió y ella, sin pensarlo, se quitó uno de los auriculares.

—¿Te importa si me siento aquí? —preguntó él, señalando el césped junto a ella.

Se sentó con cuidado, cruzando las piernas como si no supiera muy bien si podía relajarse del todo.

—Soy Ana, por cierto —dijo, mirando de reojo mientras jugueteaba con una brizna de hierba—. Llevo poco tiempo aquí y, bueno, ya lo sabrás, soy la nueva del instituto… Estás en 4.º B, ¿no?

—Sí, soy Pedro —le respondió él, detectando en ella por primera vez un acento dulce y suave al que no otorgó más importan-

cia—. Te vi el otro día en clase de Historia, cuando entraste tarde y la profe te lanzó esa mirada asesina.

Ana sonrió con timidez.

—Buena bienvenida, ¿eh? Me sentí como si hubiera interrumpido un ritual secreto.

—En cierto modo, lo hiciste —bromeó Pedro—. Pero no te preocupes, aún estás a tiempo de redimirte.

—¿Y qué tendría que hacer para eso? —preguntó ella, con una sonrisa ladeada, como quien tantea el terreno sin querer parecer demasiado interesada.

Pedro se encogió de hombros, a veces se hacía el valiente, pero en realidad era extremadamente vergonzoso.

—Depende. ¿Sabes algún juego de cartas? Porque si te unes a las partidas de los recreos, ya tienes medio aprobado.

—Soy experta en perder con estilo —contestó ella—. ¿Eso cuenta?

—Más de lo que crees.

Se hizo ahí un silencio corto, pero no fue extraño. Era ese tipo de silencio que lejos de resultar incómodo, parece llenar el tiempo. El sol comenzaba a caer detrás de los árboles, tiñendo de un intenso color dorado las ramas altas y la pista de patinaje. A lo lejos se escuchaba una canción de La Oreja de Van Gogh o quizás de Amaral, mal reproducida por un altavoz que, sin duda, había vivido mejores tiempos.

—No está mal este sitio —dijo Ana, mirando alrededor—. Desde fuera parece un sitio normal, pero tiene su rollo.

—Es lo que todos piensan hasta que se quedan —respondió Pedro—. Tiene algo… no sé, como si todo aquí pasara más despacio. ¿Te gusta vivir aquí?

Ella lo pensó un segundo.

—A veces me parece pequeño, como si todos se conocieran demasiado. Pero otras veces… sí, me gusta. Sobre todo en días como hoy.